

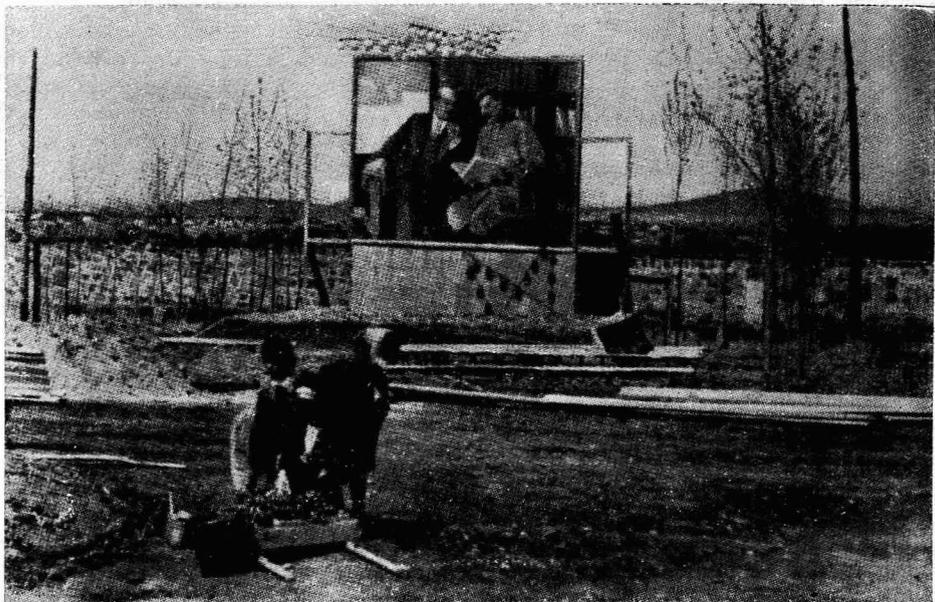
SIMPATIAS Y DIFERENCIAS

Evtuchenko estuvo en París por los días en que se cumplieron diez años de la muerte de Stalin, y Jruschov condenó abiertamente el progreso artístico en la Unión Soviética. El poeta, de quien se ha pretendido hacer el símbolo de la juventud de su patria, alcanzó durante unas semanas la cumbre del vedetismo literario, y no tuvo obstáculo para entregar a *L'Express* una autobiografía demasiado precoz. Aunque Evtuchenko cree que la obra de un poeta es la imagen viva que respira, marcha y habla de su tiempo, y es su autorretrato permanente y total, accedió a publicar un ensayo autobiográfico, dice, porque los poemas se traducen mal y en Occidente se le conoce sólo a través de ciertos artículos que dan de él una imagen muy inexacta. Poco antes había conversado con Jean Cau — y a su regreso a Moscú hubo de rectificar las aseveraciones de ese diálogo. Es conveniente que releamos algunos párrafos de la entrevista, sin hacer mucho caso de cosas como éstas: “Los rusos tienen la suerte de que sus cosmonautas y sus poetas sean muy bien parecidos. Se trate de ascender hacia las estrellas en un cohete o sobre la grupa de Pegaso, sus enviados a la cita con los espacios o con las musas se llaman Gagarin y Evtuchenko.” “¿De qué se acuerda? De todo. De su infancia muchas veces difícil. De los años terribles y negros. Y del miedo. Pero, ¿cuándo y cómo reinó ese miedo?” Evtuchenko responde: “En los años que precedieron a la guerra, eso era terrible. Después de la guerra... Nadie tenía ya miedo. Pero recomenzó... Mis abuelos murieron en los campos de concentración... Uno acusado de ser espía, el otro no sé: desaparecieron. Tantas y tantas gentes desaparecieron.” Ya en pleno éxtasis, Cau agrega: “Sobre la punta de las botas, la sangrienta sombra de Stalin ha entrado en este cuarto del Hotel del Louvre, en París. Se sienta al lado nuestro y escucha, estupefacta, a un poeta ruso, vestido de camisa de polo y pantalón de felpa negro, decirle que es una sombra, sólo una sombra exorcizada. La tan grande palabra —Stalin— he aquí que pasa naturalmente la frontera de los labios; he aquí que se puede manejar sin ningún peligro: su radioactividad de terror se ha desvanecido en la naturaleza.”

Mientras tanto, *France-Observateur* publicaba otra entrevista con Emmanuel D'Astier, que en *Los grandes* (traducido al castellano hace dos años por Ediciones ERA) ya nos había dado un primer ensayo sobre Stalin. Ahora se espera su nuevo libro: fruto de numerosos viajes, encuentros y estudios que le han permitido reunir una gran cantidad de materiales inéditos. Con éstas o semejantes palabras D'Astier informó al público francés acerca de los temas que tratará en su nueva obra: Para situar a Stalin, comenzó, partamos de la semana del 5 de marzo de 1953. En Moscú cientos de miles de personas salen de casas donde reinaban el temor y el silencio. Se apresuran, se sofocan para llegar hasta los restos del ídolo. Centenares de hombres y mujeres sucumben en el trayecto... En el mundo hay un sentimiento general de consternación. Acababa de morir un dios que era una de las claves del equilibrio internacional. Todos los que trataron con él, los que hicieron la guerra a su lado y los que con él se dividieron el

mundo en 1945, estaban inquietos. Entonces se temía menos a Stalin que al comunismo. Y Roosevelt, el único que había deseado real y sinceramente una coexistencia entre los dos sistemas, murió ocho años atrás... Cada uno tenía el sentimiento de que el porvenir amenazaba ser peor que el presente. Esa verdad regía lo mismo para los adversarios de Stalin, que para aquellos que había enviado a los campos.

La mañana del tres de marzo se le encontró en el suelo, al pie de un sofá —en su casa de Kuntsevo, a diez kilómetros de Moscú—, víctima de una congestión cerebral, semiparalizado. Había perdido la palabra, mas su mirada seguía viva. Durante el año último de su existencia acudió más a Kuntsevo que al Kremlin. Vivía solitario, con su obsesión y su senilidad, en medio de una casa llena de sofás, de tapices, de chimeneas,



“...sólo una sombra exorcizada.”

sin adornos, sin cuadros, sin amigos — sólo con unos libros. Se asegura que no volvió a recuperar la conciencia; pero Jruschov ha contado que, unos minutos antes de morir, Stalin señaló una imagen recortada sobre el muro de la gran pieza: esa imagen representaba a una pastora alimentando con biberón a un corderillo. Stalin indicó el cromo para demostrar que se hallaba en ese estado.

Continúa D'Astier: Psicológicamente, Stalin estuvo marcado por tres grandes hechos: la muerte de su primera mujer en 1908 o 1909; después en 1932, el suicidio de su segunda mujer; más tarde, la muerte de Kirov en 1934. Era, sin duda, el delfín de Stalin... A la pregunta: “¿Qué piensa usted de la explicación del stalinismo por el culto de la personalidad?”, D'Astier responde: “No se pueden explicar los dos grandes males de nuestra época, la violencia y la mentira, por el culto de la personalidad. Las fuentes del stalinismo son de tres órdenes: la historia rusa, la ideología revolucionaria y la personalidad fenomenal de Stalin. Era un hombre convencido desde los veinte años de que lo investía una misión histórica, de que era el único capaz de cumplirla y que se hacía necesario eliminar cualquier obstáculo.

Una historia de Stalin todavía no es posible. D'Astier, en su próximo libro, no intenta sino aportar un cierto número

de datos y reflexiones sobre Stalin y el stalinismo. Quiere ante todo estudiar el periodo que media entre 1940 y 1953, pues reconoce que, si bien tres hombres han escrito libros importantes sobre Stalin (Trotski, Souvarine, Deutscher, aparte del breve análisis poético de Víctor Serge), la historia más objetiva es la de Deutscher, y ésta concluye en 1940.

D'Astier no permanece ciego ante el retroceso que implicó la era de Stalin, aunque acepta la gran obra interior: de un pueblo maravilloso, pero lleno de pereza y analfabetismo, el régimen ha hecho un pueblo activo y cultivado. Muchos dicen que el camino es irreversible y que el stalinismo no puede revivir. D'Astier no está seguro de ello. Hay en la Unión Soviética, nos dice, una opinión pública y una juventud viva y diferente que se levanta. Pese a todo, los métodos pueden inspirar todavía justificadas inquietudes. Ayer, la Enciclopedia Soviética equivocó la historia borrando los nombres de todos los adversarios y víctimas de Stalin. Hoy, la Enciclopedia de

1961 se abstiene de incluir las biografías de Malenkov o Molotov. No sería necesario practicar el antistalinismo con métodos stalinistas.

Si el comunismo, prosigue D'Astier, ha tenido su enfermedad infantil, guarda su enfermedad senil que es la burocracia, esta nueva clase social destinada por profesión a dirigir el Estado socialista y que establece la biblia marxista. Stalin no hizo más que dar un estilo particular a esta enfermedad del socialismo...

Para concluir este diálogo, este adelanto de un libro que merece como pocos la atención y la discusión, afirma Emmanuel D'Astier: “Stalin detestó tres clases de individuos: los intelectuales, los emigrados y los judíos. ¿Por qué a los judíos? Creo que ese sentimiento tuvo en él dos fuentes: Stalin era georgiano, vale decir, semita, y en ese pueblo semita hay un antijudaísmo comparable al de los árabes. Por otra parte, este georgiano se convierte en jefe del pueblo ruso, un poco como Bonaparte, el corso, se convirtió en emperador de los franceses: estaba forzado a sobrepasar el antisemitismo tradicional de la vieja Rusia. Rusia se convirtió en su pasión e inspiró su estilo. Este hombre, que generalmente se expresaba de modo muy vulgar, descubrió la poesía con la pasión nacional.”